

te la Francia, de donde salía el mayor número de misioneros, al ver partir todos los años de su seno mas hombres que iban a iluminar con las maravillas de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor, las cuatro partes de la tierra. De aquí venia la alta idea que formaban los extranjeritos de nuestra nacion y del Dios que adoraba. Los pueblos mas remotos querian entrar en alianza con nosotros, y el embajador del salvaje del Occidente encontraba en nuestra corte al embajador de las naciones orientales. En consecuencia, podemos asegurar con toda confianza (sin que sea esto precisos de profeta), y lo acreditaba la experiencia, que los mayores sabios del mundo encierrados en los países remotos con todo el aparato de instrumentos y planes de una academia, jamás llegaron a hacer lo que un pobre fraile que salió a pie de su convento, ejecutaba solo, y no tenía mas pertrechos que su libro de rezos y su rosario.



LIBRO QUINTO.

ORDENES MILITARES O CABALLERIA.

CAPITULO PRIMERO.

CABALLEROS DE MALTA.

No hay recordo ni institucion alguna digna de admiracion en los siglos modernos que no reclame el cristianismo. Am los mismos tiempos pedidos y caballerosos de nuestra historia pertenecen, teniendo tambien la verdadera religion el singular merito de haber creado entre nosotros la edad de los encanamientos.

Mr. de Sainte-Palaye pretende al parecer separar la caballeria militar de la religiosa; pero no hay cosa alguna que no dé motivos para mezclarlas. Cree que la antigüedad de la institucion de la primera no llegue al siglo undécimo; mas este es precisamente la época de las cruzadas que dieron origen a los Hospitalarios, a los Templarios y al orden Teutónico; y la ley formal por la cual la caballeria militar se obligaba a defender la fe, la semejanza de sus ceremonias con las de los sa-

1 Mem. sobre le ant. caill. L. I, 2º parte, p. 66.

2 Hen. Hist. de Franc. tom. I, p. 167; Fleury, Hist. Eccl., tom. XIV, p. 387; tom. XV, p. 604; Helyot, Hist. de las ord. rel., tom. III, p. 74, 142.

cramentos de la Iglesia, sus ayunos, sus alabanzas, sus confesiones, sus oraciones y sus votos ascéticos, muestran bastante mente que todos los caballeros tenían un mismo origen religioso. No obsta tampoco el voto del celibato, que podría parecer una grande diferencia entre los órdenes castos y los guerreros que no habian sino de este porque este voto no era general en las órdenes militares cristianas. Los caballeros de Santo Sepulcro en España, podian casarse, y en la orden de Malta no habia obligacion a renunciar el vinculo conyugal sino cuando se obtenian las dignidades y se gozaba de los beneficios de la orden.

Segun el testimonio del abate Giustiniani, del hermano Helyot, mas cierto aunque mas agradable, se cuentan hasta treinta órdenes religiosos militares; nueve bajo la regla de San Basilio, estorpe bajo la de San Agustín y diez segun el instituto de San Benito. No habiamas mas que de los principales; a saber, de los Hospitalarios ó caballeros de Malta en el Oriente, los Teutónicos en Occidente, y en el Norte y Mediodia de Europa los caballeros de Calatrava comprendiendo en estos los de Alcantara y Santiago.

Si los autores son exactos, pueden aun contarse mas de otras veintiocho órdenes militares, que por no estar sujetas a reglas particulares, solo han considerado como unas ilustres conchas religiosas, tales son los caballeros del León, de la Media Luna, del Dragon, del Águila Blanca, del Lis, de la Espada de Oro y los de la Hacha, cuyos nombres recuerdan a los Rolandos, los Rogeros, Rainaldos, Clorindas, Bradamantes y la profugia de la Mesa redonda.

Algunos comerciantes de Amalfi en el reinado de Nápoles, obtuvieron de Romense, emir de Egipto, el permiso de construir una iglesia hacia en Jerusalem, a la cual enviaron un hospital para los extranjeritos y peregrinos, que gobernaba Gerardo de Provenza. Principian aqui las cruzadas. Va allí Godofredo de Bouillon y la segunda tierra a los nuevos Hospitalarios. Boyn-Rogero sucede a Gerardo, Raimundo Dupuy a Rogero. Tama Dupuy el titulo de gran maestro, divide los Hospitalarios en caballeros, hermanos y hermanos sirvientes; los primeros con destino a la seguridad de los caminos en favor de los peregrinos y para pelear contra los infieles; los segundos consagrados al servicio del altar; los terceros para tomar tambien las armas.

La Italia, España, Francia, Inglaterra, Alemania y Grecia, que unas veces juntas y otras separadas llegan a aborzar a las costas de Sicilia sostenidas por los valientes Hospitalarios. Mas trucesa la fortuna sin mudarse el valor. Seladino vuelve a tomar a Jerusalem, y de restituir

1 Sainte-Palaye, loc. cit. y la nota II.

2 Fleury, Hist. Eccl., tom. XV, lib. LXXII, p. 418, edic. de 1719, en 4.º

Aere ó Tolemaida viene a ser el único puerto que queda a los cruzados en Palestina. Allí estaban recibidos el rey de Jerusalem y el de Chipre, el de Nápoles y Sicilia, el de Armenia, el principe de Antioquia, el conde de Jafa, el patriarca de Jerusalem, los caballeros del Santo Sepulcro, el legado del papa, el conde Tripoli, el principe de Galilea, los Templarios, los Hospitalarios, los caballeros Teutónicos, los de San Lázaro, los venecianos, los genoveses, los pisanos, los florentinos, el principe de Tarento y el duque de Atenas. Todos estos principes, todos estos pueblos, todos estos órdenes, tenían cada uno su cartel separado, en donde vivian independientes unos de otros: "De manera, dice el abate Fleury, que allí habia cincuenta y ocho tribunales que juzgaban en causas de muerte."

No podian subsistir mucho tiempo unidos tantos hombres de costumbres é intereses diversos. En efecto, introdujese la alteracion en la ciudad y llegaron a las manos, aumentando mas la confusion Carlos de Anjou y Hugo III, rey de Chipre, que pretendian el reino de Jerusalem. Aproximase el soldan Melce-Messor de la coyuntura de estas alteraciones intestinas; se avanza con un poderoso ejército, con el designio de arrancar de las manos de los cruzados el último asilo que se les quedaba; pero muere envenenado por uno de sus criados al salir de Egipto, y antes de espirar, hace jurar al hijo que no dará sepultura a las cenizas de su padre hasta vencer a Tolemaida.

Melce-Saraph ejecuta religiosamente la última voluntad de su padre: pone sitio a Aere, y la toma por asalto en 18 de mayo de 1201. Unas religiosas dieron en esta ocasion un asombroso ejemplo de caridad cristiana, dilacerándose el pecho y desgranándosele; halláronlas en este estado los infieles, y horrorizándose de verlas, las hicieron muerto.

Ganada la ciudad a los Hospitalarios, se retiraron a la isla de Chipre, donde permanecieron diez y ocho años. Sublevada Rodas contra Andrés, emperador de Oriente, llama a los saracenos a sus muros. Villaret, gran maestro de los hospitalarios, obtiene de Andrés la investidura de la isla en caso que pueda sustraerla del yugo mahometano; y valiéndose sus caballeros del ardid de cubrirse con pieles de ovejas y mezclarse entre un rebaño, andando en cuatro pies se introducen en la ciudad durante una espesa niebla, se apoderan de una de sus puertas, degüellan la guardia y entra el resto del ejército cristiano dentro de los muros.

Cuatro veces intentaron los turcos recobrar la isla de Rodas de los caballeros y otras tantas fueron rechazados valerosamente. En la tercer tentativa duró el sitio de la ciudad cinco años, y en la cuarta batió Mahomet los muros con diez y seis cañones de un calibre tan extraordinario, que jamás se habia visto en Europa.

No bien habian escapado aquellos mismos ca-

balleros del poder otomano, cuando se hicieron sus protectores. Un principe, Zimmo, hijo de Mahomet II, que poco antes batia las murallas de Rodas, implora el socorro de los caballeros contra Bayaceto su hermano, que le habia usurpado su legitima. Bayaceto, teniendo una guerra civil, se dio prisa a hacer la paz con el Orden y se convino en pagarle todos los años una cierta suma en calidad de pension para Zimmo; viniendo a ser, por uno de aquellos sucesos tan comunes de la fortuna, un emperador de los turcos tributario de un corte número de hospitalarios cristianos.

Ultimamente, siendo gran maestro Villiers de Ville-Adam, se apoderó Soliman de Rodas, después de haber perdido cien mil hombres. Retiráronse los caballeros a Malta, que les cedió Carlos V, y aun fueron atacados allí de nuevo por los turcos; mas vencidoslos con valor, quedaron en pacífica posesion de la isla, bajo cuyo nombre son conocidos en el día.

CAPITULO II.

ORDEN TEUTÓNICO.

En la otra extremidad de la Europa echaba la caballeria religiosa los fundamentos de aquellos Estados, que han llegado a ser poderosos reinos.

El orden teutónico tuvo su origen en el primer asedio de Aere por los cristianos, hacia el año de 1190. Llamélos después el duque de Masovia y de Polonia a la defensa de sus Estados contra las invasiones de los prusianos. Compañian estos un pueblo bárbaro, que salía de tiempo en tiempo de sus selvas y asolaba las comarcas vecinas. Habian reducido la provincia de Culm a un espantoso desierto, sin dejar en pie en el Vistula mas que el castillo solo de Ploth. Internáronse los caballeros tentos poco a poco en los bosques de la Prusia, y construyeron algunas fortalezas. Subyugaron sucesivamente a los warmiens, los barties y los nativos, y aseguraron la navegacion de los mares del Norte.

Los caballeros de *Perte-gloive*, que por su parte habian trabajado en la conquista de los países setentrionales, se reunieron a los teutónicos, y les dieron un poder verdaderamente real, pero los progresos del Orden se retardaron por desgracia, a causa de la division que reinó mucho tiempo entre los caballeros y los obispos de Livonia. Finalmente, sometido ya todo el Norte de la Europa, Alberto, marqués de Brandeburgo, abrazó el internismo, arrojó a los caballeros de sus gobiernos y se hizo título dueño de la Prusia, con lo mismo entonces el nombre de Prusia dual, hasta

1 Vertot, Hist. de los caball. de Malta; Fleury, Hist. Eccl.; Giustiniani, Ist. cron. dell' ord. degli ord. militi; Helyot, Hist. de las órdenes rel., tom. III.

que en 1701 este nuevo ducado se erigió en reino, en tiempo del abuelo del gran Federico.

Todavía subsisten las reliquias del orden teutónico en Alemania, siendo su gran maestro en el día el príncipe Carlos.

CAPITULO III.

CABALLEROS DE CALATRAVA Y DE SANTIAGO, EN ESPAÑA.

La caballería hacia los mismos progresos en el centro de la Europa que en sus extremidades.

Hacia el año de 1147, Alfonso el Bravo, rey de Castilla, ganó á los moros la plaza de Calatrava en Andalucía. Ocho años después, reinando don Sancho, sucesor de Alfonso, quisieron recobrar los mismos, y empezaron á hacer sus preparativos. Intimidado Sancho con este designio, mandó publicar que daría la plaza á cualquiera que quisiese defenderla. Nadie se atrevió á presentarse, sino un benedictino del orden del Cister, don Diego Velazquez, y Raimundo, su abad. Entráronse en Calatrava con los paisanos y familias que dependían de su monasterio de Fitor, hicieron tomar las armas á los hermanos legos, y fortificaron la ciudad amenazada. Noticiosos los moros de estas prevenciones, desistieron de su empresa, y quedó la plaza por el abad Raimundo, mudándose los hermanos legos en caballeros con el nombre de Calatrava.

Estos nuevos caballeros hicieron en lo sucesivo muchas conquistas á los moros de Valencia y de Jaen; Foyera, Maella, Magallon, Valdetermo, la Presneda, Valdorobles, Calenda, Aquariva y Ozpinja, fueron cayendo sucesivamente en sus manos; pero en la batalla de Alarcos, en que salieron victoriosos los moros de Africa en 1195, recibieron un grande descalabro, habiendo perecido casi todos los caballeros de Calatrava con los de Alcántara y Santiago.

No hablaremos con individualidad de estos últimos, cuyo instituto fué también pelear contra los moros y proteger á los caminantes de las incursiones de los infieles.¹

Basta dar una ojeada á la historia, en la época de la institución de la caballería religiosa, para conocer los importantes servicios que hizo á la sociedad. El Orden de Malta en el Oriente protegía el comercio y la navegación que renacia, y fué por mas de un siglo el único baluarte que contuvo á los turcos para que no se echasen sobre la Italia. El Orden Teutónico subyugando en el Norte los pueblos errantes sobre las costas del Báltico, apagó el volcán de aquellas terribles erupciones que tantas veces desolaron la

1 Shoenbeck, *Ord. mil.*; Giustiniani, *Ist. cron. dell' or. degli ord. mil.*; Holyot, *Hist. de los rd. órd. tom. III.*; Fleury, *Hist. Eccl.*

2 Shoenbeck, Giustiniani, Holyot, Fleury y Mariana.

Europa, y ha dado tiempo para que se propague la civilización y se perfeccionen esas nuevas armas que nos defendían de los otros Alaricos y Atilas.

No se mirará esto como una vana conjetura, si se observa que las correrías de los normandos no cesaron hasta el décimo siglo, y que los caballeros teutónicos, cuando llegaron al Norte, encontraron una población reparada, y á innumerables bárbaros que inundaban todos sus alrededores. Los turcos bajando del Oriente, y los livonios, prusianos, pomeranos, viniendo del Occidente y del Setentrion, hubieran renovado en Europa, que apenas reposaba, las escenas de los hueros y de los godos.

Los caballeros teutónicos hicieron un duplido servicio á la humanidad, pues demandó á los salvajes, les precisaron á dedicarse al cultivo de los campos y á abrazar la vida social. Chinsbourg, Bartenstein, Wissembourg, Wees, Brumberg, Thorn, la mayor parte de las ciudades de la Prusia, de la Curlandia y de la Semigalia, fueron fundadas por esta militar y religiosa Orden; y así como puede alabarse de haber asegurado la existencia de los pueblos de la Francia y de la Inglaterra, del mismo modo puede gloriarse de haber civilizado todo el Norte de la Germania.

Aun quedaba otro enemigo acaso mas peligroso que los turcos y los prusianos, porque se hallaba en el centro mismo de la Europa. Los moros han estado muchas veces casi á punto de subyugar toda la cristiandad; y aunque aparetaban mas cultura en sus costumbres que los otros bárbaros, con todo eso, su religion, que admitia la poligamia y la esclavitud, y su temperamento despótico y envidioso, eran un obstáculo invencible para la ilustración y para la felicidad de la humanidad.

Combatiendo á estos infieles las órdenes militares de España, evitaron grandísimas desgracias, así como lo hicieron el orden Teutónico y el de San Juan de Jerusalem. Los caballeros cristianos reemplazaron en Europa las tropas regladas, y formaban una especie de milicia regular, que marchaba á donde era mas urgente la necesidad ó inminente el riesgo. Los reyes y barones, obligados á dar las licencias á sus vasallos al cabo de algunos meses de servicio, habían sido sorprendidos muchas veces de los bárbaros; pero lo que ni la experiencia ni el talento de los tiempos alcanzaron, lo ejecutó la religion, asociando unos hombres que juraron en nombre de Dios derramar su sangre en defensa de la patria. Quedáronse entonces libres los caminos, las provincias expurgadas de los malhechores que las infestaban, y los enemigos exteriores encontrados un dique que los contuviese, y evitados sus destrozos.

Han sido acusados los caballeros de haber ido á buscar á los infieles hasta en sus mismos hogares; sin duda porque no se considera que esto

cuando mas era una justa represalia contra unos pueblos que habían sido los primeros que habían atacado á los cristianos. Los moros que exterminó Carlos Martel, justificaban bastante las cruzadas. ¿Acaso los discípulos del Corán se estuvieron quietos en los desiertos de la Arabia? ¿No llevaron su ley y sus estragos hasta las murallas de Delhi y hasta las fortalezas de Viena? ¿Debíamos esperar por ventura á que todas las cuevas que se guardaban aquellas bestias feroces, se hubiesen llenado de nuevo? ¿Acaso porque se marchó contra ellos bajo la bandera de la religion, no había de ser justa ni necesaria la empresa? ¡Ah! ¿cómo hubiera sido bueno, Teutates, Odín, Alláh, con tal que no fuese Jesucristo!

CAPITULO IV.

VIDA Y COSTUMBRES DE LOS CABALLEROS.

Los objetos que por su naturaleza exaltan mas vivamente la fantasia, no son los mas fáciles de describirse, ya sea porque la imagen vaga que todos juntos representan causa una impresion mas maravillosa que cuantas descripciones pudieran hacerse, ó ya porque la imaginación del lector camina siempre aun mas allá de lo que se le manifiesta. Como quiera que sea, solo la palabra *caballería* ó el nombre de un ilustre *caballero*, es propiamente una maravilla que excede á toda inscripción; de ella comprende las fábulas del Ariosto y las hazañas de los verdaderos paladines: los palacios de Alcino y de Armida, y los torneos de Cœuvre y de Anet.

Tampoco es posible hallar históricamente de la caballería sin recurrir á los poetas que la cantaron en sus versos, del mismo modo que es necesario valerse de la autoridad de Homero en todo lo concerniente á los antiguos héroes, segun han reconocido los mas severos críticos; pero en este caso mas bien parece que se emplea el tiempo en ficciones y novelas que en alguna verdadera narración, porque estamos acostumbrados á que se nos diga la verdad tan desmenuada y castellanamente, que si la vemos con algun adorno, la desenoqueamos, teniéndola por mentira, y preferimos, como aquellos pueblos nacidos entre los hielos del polo, nuestros tristes y áridos desiertos á aquellos deliciosos campos en que

La terra molle, et lieta, et dilectissima
Simili a se gili abitator, produce.¹

La educación del caballero comenzaba á los siete años.² Duguesclin, siendo niño, se divertía con otros muchachos rústicos de su edad en recordar los asedios y combates en los antiguos

1 Tass., can. I, oct. 62.

2 Sainte-Palaye, tom. I, primera part.

caminos de la casa de campo de su padre. Corría por los montes, luchaba contra los vientos, saltaba anchos fosos, escalaba los olmos y las encinas, anunciando ya en los arenales de la Bretaña que había de ser el héroe que salvase á la Francia.

Luego se pasaba al oficio de paje ó de *domestico* en la casa de algun baron, donde se tomaban las primeras lecciones acerca de la fé que se había de guardar á Dios, y de la fidelidad á las damas.³ Muchas veces conociendo el jóven paje alguna pasión amorosa por la hija del señor, daba principio á uno de aquellos durables afectos que impediéndole á obrar milagros de valor, había de inmortalizar después la fama. Las vastas arquitecturas góticas, las envejecidas selvas, los grandes y solitarios estanques, fomentaban con su aspecto novelesco las pasiones inextinguibles del jóven, que llegaban á ser como una especie de hado ó de encantamiento.

Lleno de ardor y brío con su fuego amoroso, continuaba el paje en todos aquellos varoniles ejercicios que le abrían el camino del honor. Perseguía sobre un caballo indómito las bestias salvajes en lo mas espeso de las selvas, ó llamando al halcon remontado á lo mas alto de las nubes, forzaba al tirano de los aires á venir con timidez y sumisión á sujetarse á su firme mano. Otras veces, imitando á Aquiles en su liniez, hacia volar por la llanura briosos caballos, ó bien montando de un salto por encima de sus ancas, ó sentándose sobre su lomo; otras, en fin, subía completamente armado por una mal asegurada escala, creyéndose ya sobre la brecha, y gritando: *Montjoye et Saint Denis!* En la corte de su baron recibía todas las instrucciones y ejemplos propios para formar su vida. Allí concurrían siempre muchos caballeros conocidos ó incógnitos, que habiéndose dedicado á las peligrosas aventuras de su profesión, venían solos desde los reinos del Cathay ó de los confines del Asia, y de todos aquellos increíbles lugares en donde vivían entre los agravios, y peleaban contra los infieles.

«*Veniase*, dice Froissard hablando de la casa del duque de Foy, veíanse en la sala, en el cuarto, en el patio, caballeros y escuderos de honor pasando, y se les oía hablar de armas y de amores; hallábase allí dentro honor en todo, y allí se sabían todas las noticias de cualquier país ó reino que fuese, porque de todas partes venían por el valor del señor.»

De paje se pasaba á escudero, presidiendo siempre la religion estas escuderos. Al pié del altar prometían padrinos poderosos ó hermosas madrinas, religion, fidelidad y amor en nombre del futuro héroe. El servicio del escudero se reducía, en tiempo de paz, á trinchar y servir las

1 Vida de Duguesclin.

2 Sainte-Palaye, tom. I, pág. 7.

3 Sainte-Palaye, tom. II, part. 2.

viandas en la mesa y á dar agua á los convalidados para lavarse, como los guerreros de Homero. Los mas grandes señores no se desdaban de ejercer estos ministerios. "Delante del rey, dice el señor de Joinville, comia en una mesa el rey de Navarra, que estaba muy compuesto y adornado con telas de oro en cota y manto, el ceñidor, broche y gorro de oro fino, y yo trinchaba en su presencia."

El escudero seguia al caballero en la guerra, le llevaba la lanza y el yelmo sobre el pomo de la silla, y conducia sus caballos del diestro. "Cuando entró en la sala, encontró cuatro escuderos que train otros tantos caballos blancos del diestro." Su obligación en los duelos y batallas era proveer de armas á su caballero, levantarle cuando cayese, darle caballo de refresco y reparar los golpes que le daban, mas sin poder pelear él mismo.

Ultimamente, cuando no le faltaba prenda ni calidad alguna del *proseante*,³ era admitido á los honores de la caballería. Las lides de un torneo, un campo de batalla, el foso de un castillo, la hecha de una torre, eran muchas veces el teatro honroso donde se conferia el órden de los valientes y esforzados. Entre la confusión de una batalla se arrojaban los bravos escuderos á los pies del rey ó del general, que á indoles por detrás tres golpes de plano con la espada, los hacia caballeros. Cuando Bayardo confirió con esta ceremonia la caballería á Francisco I. "Tú eres muy dichoso, dijo hablando á su espada, en haber dado hoy el órden de la caballería á un rey tan bello y tan poderoso; y así, espada mía, yo te guardaré como una reliquia y te proferiré á cualquiera otra." Y después, añade el historiador, "dió dos saltos y envió su espada."

Apenas se veia armado el caballero con todas sus armas, cuando se sentia inflamado con el deseo de distinguirse por medio de algunas hazanas portentosas. Corria por montes y por valles en busca de peligros y aventuras; atravesaba enviejadas selvas, espesos matorrales y profundos desiertos. Acrebábase á la venida de la noche á un castillo cuyas solitarias torres descubria á lo lejos, figurándose que este era algun lugar donde su valor habia de dar fin á alguna terrible hazana. Bajábase, pues, la visera, y se encomendaba á la dama de sus pensamientos, al oír el sonido de una bocina. Advertía que ponian un *velo* sobre las torres del castillo, en señal de ser aquella la morada de un caballero hospitalario. Dejábanse los puentes levadizos y el aventurero caminante entraba en esta misteriosa solitaria. Si quería estar de incógnito, cubria su escudo con una *funda*, con un *velo verde* ó con una *toza marfaca* que las flores de lis. Las damas y señoritas

³ O *perseante*, oficial de armas, según la órden ó regla de caballería, inferior al *foraste*, y este al rey de armas.

venian á toda priesa á desarmar al caballero, dándole ricos vestidos y sirviéndole preciosos vinos en vasos de cristal. Algunas veces encontraba al dueño del castillo de fiesta y regocijo. "El señor Amanieu des Escas, después de comer, en tiempo de invierno, cerca de una buena lumbre, en una sala muy abrigada y esterada, estando al rededor sus escuderos, hablaba con ellos de armas y de amores, pues hasta los últimos criados se mezclaban en estas materias."

Estas fiestas de los castillos tenian siempre algo de enigmáticas, pues unas veces era el festin del *amoroso*, otros el *voto del paron* ó del *faísan*. No eran menos misteriosos tampoco los convalidados que allí se veian: caballeros del Omo, del Escudo Blanco, de la Lanza de Oro, del Silencio; guerreros solamente conocidos por las divisas de sus broquetes y por las mortificaciones y penitencias á que se sujetaban."

Los trovadores, adornados de plumas de pavos reales, entraban en la sala al fin de la fiesta, y cantaban los *ages* del amor:

Armas, amores, júbilo, desvelo,
Alegrias, placeres, esperanzas,
Deseos, juventud, valor, recuerdos,
Tambien urbanidad y continencia;
Mirar humilde y amoroso aspecto,
Gentileza y belleza, ricamente
Adornada, y anunciada con gran denodo
Esta nueva estacion, el día de mayo,
Este grande y magnifico festejo,
Que por el rey en San Dionisio se hace.
En hacer buenas justas nuestro empeño
Guardad hoy con teson, y será honrada
Y tenido en aprecio nuestro esfuerzo.

La principal máxima de la profesion de los caballeros, era:

"Mucho ruido en el campo y grande alegría en la posada."

Mas no siempre encontraba el caballero estas festejos cuando llegaba al castillo; algunas veces solia ser la habitacion de una desdichada y lastimosa dama que gemia en las prisiones á que el furor de un celoso la habia condenado, y el bello señor, noble, cortés y valiente, á quien se negaba la entrada en la casa, pasaba la noche al pie de una torre, desde donde oia los suspiros de alguna Gabriela que inutilmente llamaba al valeroso Conci. El caballero, no menos compasivo que esforzado, juraba por su *durandana* y su *aguión* (su fiel espada y su veloz caballo) de desahogar á simple batalla al desleal que así atormentaba á aquella bellida contra todas las leyes del honor y de la caballería.

Mas si era recibido en estas fortalezas sombrías, entonces habia menester de todo su esfuerzo y

4 Sainte-Palaye.

5 *Hist. del mariscal del Boucault.*

valor. Unos mudos pajes que le miraban con vista feroz, le introducian por largas y oscuras galerias al cuarto solitario que se le destinaba. Solia ser algun antiguo turcoen que conservaba la memoria de alguna famosa historia; se le llamaba la cámara del rey Ricardo ó de la dama de las Siete Torres. El techo estaba todo pintado de antiguos escudos de armas y sus paredes cubiertas de tapices que representaban grandes personajes, cuyos ojos parecia que seguian al caballero por do quiera que iba y sorbian para ocultar unas puertas secretas. A la media noche, se oia un ruido ligero, se movia la tapiceria, apagábase la lampara del paladín, y se levantaba un atado al lado de su cama.

Siendo inútiles contra los muertos la maza, la lanza y demás armas, recurría entonces el caballero á los votos de peregrinacion, y libre por el favor divino, iba á consumir el excoio con el solitario eremitaño, que le decia: "Si tú poseyeras tanto como el rey Alejandro, si tuvieras tanto entendimiento como el sabio Salomon, tanta calleria como el valiente Hector Troyano; con que solo reinasen en tí el orgullo y la soberbia, todo lo destruirian."

Comprendiendo por estas palabras el atemorizado caballero que las visiones que habia tenido eran en castigo de sus faltas, trabajaba para hacerse *irrepensible* y *esforzado*.

Montando, pues, en su caballo, proseguia sus andanzas, y daba fin con mil cuentos y batallas famosas á todas aquellas portentosas aventuras cantadas por nuestros poetas y referidas en nuestras antiguas crónicas. Libraba á princesas oprimidas y presas en horribles grutas, castigaba á los maldados, socorría á los huérfanos y á las viudas, se defendia de la perfidia de los enanos, igualmente que de la descomunal fuerza de los gigantes. No siendo menos conservador de las costumbres que protector de los desvalidos, cuando pasaba por la casa de una dama de mala fama, se desdaba entrar y miraba á las puertas con desprecio." Mas si por el contrario, la dama que la habitaba tenia gracia y virtud, la gritaba: "Mi buena amiga, ó mi buena señora, ó señorita, yo pido á Dios que se digne manteneros con ese bien y ese honor en el número de las buenas, porque justamente debéis ser honrada y loada."

Algunas veces llegaba el honor de estos caballeros hasta aquel excoio de virtud que se admira y detesta en el primero romano. Cuando la reina Margarita, mujer de san Luis, hallábase en Damietta en días de paz, supo los decretos del ejército cristiano y la prision del rey su esposo, hizo salir á todos los caballeros que estaban en su cámara, á excepcion de uno de ochenta años de edad, ante el cual se arrojó, y le dijo: "Yo os pido por la fidelidad que me habeis manifiesta-

do, que si los saracenos se apoderan de esta ciudad, me cortéis la cabeza antes que caiga yo en sus manos." El caballero le respondió: "Estat segura que lo haré de buena gana, pues mi intencion no era otra que la de mataros antes que ellos os aprisionasen."

Las empresas solitarias servian al caballero como de escalon para arribar al mas alto grado de gloria. Cuando tenia noticia de los torneos que se preparaban en los bellos países de la Francia, iba inmediatamente al sitio donde se convocaban los valientes. Ya estaban allí prevenidas las lides, y colocadas las damas en unos tabladitos levantados en forma de anfiteatro, buscaban con sus ojos á los esforzados guerreros adornados con la divisa de sus colores. Los trovadores cantaban:

Volved, de amor sirvientes,
La vista con dulzura
Del sauto paraiso
Al angel elevado.
Entonces mas valientes
Lidareis con fuerza y mas ventura,
Y no habra quien remiso
No os quiera, y os dé vivas colmados.

Levantábase de repente un grito, diciendo: "*Honor á los hijos de los valientes!*" Suenan los clarines, quitanse las barreras, se avanzan como relampugos cien caballos de las extrimidades del campo de la lid, y se encuentran en el medio. Qué espantoso choque! Vuelan las lanzas hechas astillas, chocan los caballos frente con frente y caen en tierra. Dichoso el héroe que sabiendo dirigir sus golpes desde la cintura á la espalda; á ley de caballero, ha derribado sin herirle á su adversario! Todos los corazones se le apasionan, todas las damas quieren enviarse nuevas finezas para adornar sus armas. Entre tanto los heraldos ó reyes de armas gritan al caballero: *Acordate de quién eres hijo, y no degeneres!* Justas, luchas, escaramuzas y batallas entre muchos hacen brillar alternativamente la fuerza, el valor y la destreza de los combatientes. Mil confusos gritos, mezclados con el ruido de las armas, suben hasta lo alto de los cielos. Cada dama anima á su caballero y le arroja un brazalete, un rizo de sus cabellos ó una banda. Aljodó Sergio hasta entonces del campo de la gloria, bien que transformado en héroe por el amor, así como otro valero é quien solamente se le distinguia por su *camisa emagrenada*, son proclamados vencedores de la justa, reciben un ósculo de su dama, y se oye este grito: *De las damas el amor, de los héroses la muerte, loor y pre á los caballeros.*

En estas fiestas era donde se veian brillar el valeroso

1 Joinville, *ed. de Capperonnier*, pág. 84.

2 Sainte-Palaye, *Hist. de los rees caballeros y del Chancier.*

1 Sainte-Palaye.

2 Du Cange, *gloss.*

lor y cortesía de los La Tremouilles, de los Boucicauts y de los Bayardos, cuyos altos hechos hicieron probables las hazañas de los Perceforestes, Laucelots y Gaijorres. Muy caro les costaba a los caballeros extranjeros que se atrevían a pelear con los de Francia. En las guerras del reinado de Carlos VI, Sampi y Boucicaut sostuvieron solos los desafíos que les hacían por todas partes los vencedores; y hermanando la generosidad con el valor, volaban los caballos y las armas a los temerarios que les habían llamado al campo cerrado.

Quería el rey impedir á sus caballeros que aceptasen los duelos alzando el guante y se resistiesen de estos insultos particulares; mas ellos le dijeron: "Señor, aman tan naturalmente el honor de la Francia sus hijos, que si el demonio mismo saliese de los infernos á un desafío, encontraría quien peleara con él."

"Había también entonces, dice un historiador, caballeros de España y de Portugal: tres de los segundos de mucha fama en la caballería, no sé por qué loco empeño trabaron pelea contra tres caballeros de Francia; pero en verdad de Dios que no tardaron tanto tiempo en ir á caballo desde la puerta de San Martín á la de San Antonio, como en vencer y destruir á los portugueses."¹

Los campeones que únicamente podían competir con los de Francia, eran los caballeros ingleses, teniendo además la ventaja de estar la fortuna de su parte, porque nosotros nos despedazáramos con nuestras propias manos. La batalla de Poitiers, tan funesta á la Francia, fué de mucho honor sin embargo á la caballería. El príncipe Negro, que por respeto jamás quiso sentarse á la mesa del rey Juan, su prisionero, le dijo: "A mí me parece que debéis dar por bien empleado que la suerte se haya hoy declarado contra vos, pues habéis conquistado la fama de valiente con vuestras proezas, habiéndosme puesto hoy los mas esforzados de vuestra parte; no lo digo ciertamente, amado señor, por alabaros, pues todos los de lauestra que han visto á unos y otros, piensan en rigor de justicia del mismo modo, y os dan la ventaja y la palma."

El caballero Ribamont, en una acción que se tuvo en las puertas de Cadix, hizo arrodillar dos veces á Eduardo III, rey de Inglaterra; pero volviéndose siempre á levantar este monarca, forzó siempre á Ribamont á que le entregase la espada. Vencedores los ingleses entraron en la ciudad con sus prisioneros. Acompañado Eduardo del príncipe de Gales, dió una espléndida comida á los caballeros franceses, y acercándose á Ribamont, le dijo: "Vos sois el caballero que he visto en el mundo acometer mas valerosamente á sus enemigos." Tomó el rey su sombreroillo que llevaba sobre la cabeza (que era precioso y rico) y le puso sobre la del señor Eustaquio, di-

ciéndole: "Señor Eustaquio, yo os doy este sombreroillo porque habéis sido hoy el mejor combatiente. Sé que sois alegre y amoroso y que tendréis por apasionadas á damas y señoritas, y así por do quiera que vayáis, decid que yo os lo he dado. Os levanto vuestra prisión, y si queréis, podéis ya iros mañana libremente."²

Juana de Arco reanimó el espíritu de la caballería en Francia, y se asegura que su brazo estaba armado con la *joynasse*, famosa espada de Carlo Magno, que había encontrado en la iglesia de Santa Catalina de Pierbois, en Turená.

Aunque algunas veces no fuese la suerte contraria, jamás nos faltó el valor. Enrique IV en la batalla de Ivry gritaba á sus soldados que se retiraban: "Volved la cabeza, si no ya para pelear, á lo menos para que me veáis morir." Nuestros guerreros han podido decir siempre en sus derrotas aquella expresión que inspiró el carácter nacional al último caballero francés en Pavías: "Perdióse todo, menos el honor."

Digno era de él ciertamente tanto valor y virtud, y así, si el héroe moría en los campos de la patria, entallada toda la caballería le hacía unos ilustres funerales; mas si por el contrario, perecía en empresas de remotas tierras, y no le quedaba ningun hermano de armas ni algun escudero, el cielo le enviaba para que le sepultase alguno de aquellos solitarios que habitaban entonces en los desiertos, los cuales

....Su'l Libano spesso, e su'l Carmelo
In aerea magion fan dimoranza.

Que fué lo que prestó materia al Tasso para componer su episodio de Suenon. Un solitario de la Tebaida ó un ermitaño del Libano, recogía todos los días las cenizas de algun caballero muerto por los infieles: el cantor de Solima no ha hecho mas que prestar á la verdad el lenguaje de las Musas.

"VÍ yo descender repentinamente de aquel bello globo, ó de aquel plácido sol de la noche, un luminoso rayo que prolongándose como una línea de oro, iba á dar sobre el enepo del héroe

"No estaba el guerrero postrado con el rostro en tierra, sino que todos sus deseos se dirigian, como otras muchas veces, á las estrellas altas; su cara estaba vuelta al cielo, como el rigor de su ténica esperanza. Su mano derecha cerrada y el brazo encojido; apretado fuertemente el acero, tenía la postura de uno que va á herir; la otra mano con modo mas humil y piadoso descansaba sobre su pecho y parecia que pedía perdón á Dios.

1 *Diario de Paris*, en tiempo de Carlos VI y VII.

1 *Froiss.*

"Lláname luego la atención otro nuevo milagro.

"Levántase de repente un gran sepulcro en el sitio en que mi amo yacía tendido, el cual saliendo del seno de la tierra, abraza el cuerpo del joven prisionero y se cierra luego que le tiene dentro de sí

"Una breve inscripción recuerda al caminante el nombre y las virtudes del héroe. No podía yo apartar los ojos de este monumento, contemplando unas veces los caracteres de su epitafio y otras el fúnebre mármol.

"Aquí, dice el anciano, descansará el cuerpo de tu general cerca de sus fieles amigos, al mismo tiempo que sus almas dichosas gozarán, amándose en los cielos, de una gloria y honor eternos."³

Mas el caballero que había contraído en su juventud aquellos vínculos heroicos que no se rompan ni con la muerte, no tenía que temer perder la vida solo en los desiertos, porque á falta de los milagros del cielo, le acudían los de la amistad. Acompañado constantemente de su hermano de armas, encontraba en él unas manos guerreras que abriesen su sepulcro y un brazo vigoroso que le reengase. Estas uniones se confirmaban con los mas formidables juramentos: algunas veces los dos amigos se sacaban sangre de sus venas y la mezclaban en el vaso mismo en que bebían; llevaban por prenda ó testimonio de su fe mutua un corazon de oro, una cadena ó un anillo. Era tal la fe que se guardaban, que no obstante el grande amor que tenían á sus damas, se socorría con preferencia al amigo, no gozando aquellas en estas ocasiones sino el segundo derecho sobre sus almas.

La enemistad de las respectivas patrias de cada uno era solamente lo que podía destar estos nudos, cesando la union de dos hermanos de armas de diferentes naciones luego que estas se desunían. Hizo de Carvalay, caballero inglés, había sido amigo de Beltran Duguesclin, y cuando el príncipe Negro declaró la guerra al rey Enrique de Castilla, se vió Hube obligado á separarse de Beltran, fué á despedirse de él y le dijo:

"Noble señor, conviene que nos separemos. Hasta ahora hemos estado juntos en buena compañía, habiendo sido todas nuestras cosas y el dinero siempre comun. Yo conozco que he recibido mas que vos, y por eso os pido que hagamos la cuenta por partes iguales.—Eso es conversacion no mas, dijo Beltran, yo no he pensado en tal cuenta . . . solo me resta obrar bien: la razon dicta que vos sigáis á vuestro señor, y así lo debe hacer todo hombre prudente: en un amor recio formó nuestra amistad, con el mismo haremos nuestra separacion, mal que me pose la necesidad de hacerla." Besóle entonces igualmente

que todos sus compañeros y fué muy tierna y lastimosa la separacion.⁴

Esto desinteresó y grandeció de alma de los caballeros con que adquirieron algunos el glorioso nombre de *irreprensibles*, coronara la pintura de sus virtudes cristianas. Aquel mismo Duguesclin, flor y honra de la caballería francesa, hallándose prisionero del príncipe Negro, tuvo la misma magnanimidad que Pero cuando cayó en manos de Alejandro. Habiéndole dieho el príncipe que él había de ser el árbitro sobre el precio que de su rescate, le valió en una suma tan excesiva, que atónito el héroe inglés, le dijo: "Pues dónde habeis de sacar tanto oro?—Entre mis amigos, respondió el grande condestable, pues no hay hilandería en Francia que no hile su copo para sacarme de vuestras manos."⁵

Movida la reina de Inglaterra de las virtudes de Duguesclin, fué la primera que le dió una excusa como para contribuir á la pronta libertad del enemigo mas formidable de su patria. "¡Ah! señora, exclamó entonces el caballero bretón arrojándose á sus pies, habia aquí me había yo tendido por el hombre mas feo de la Francia; pero desde ahora empiezo á no tener tan mal concepto de mí, á vista de los presentes que me hacen las damas."⁶

LIBRO SEXTO.

SERVICIOS HECHOS A LA SOCIEDAD POR EL CLERO Y LA RELIGION CRISTIANA EN GENERAL.

CAPITULO I.

INMENSIIDAD DE LOS BENEFICIOS DEL CRISTIANISMO.¹

Si todos nuestros conocimientos se redujesen á saber vagamente lo que la humanidad debe al cristianismo, sería ciertamente lo mismo que si nada supiésemos; pero la noticia individual de

1 *Vida de Beltran Dug.*

2 Véase para toda esta parte á Helyot, *Hist. de las órds. relig. y milit.*, 8 vol. en 4.^o Herant, *Estab. de las órds. relig.* Giustiani, Menchesius y Schoonbeek en su *Hist. de las órds. milit.* Saint-Foix, *Ensayo sobre Paris: Vida de san Vicente de Paul; Vida de los padres del desierto; Obras de san Basilio; Lobinas, Hist. de Bretaña.*

1 *Jer.*, lib. cant. VIII.